

**boletín informativo
comité exterior
central única de trabajadores
de chile**



Enero 1985

HECTOR CUEVAS: "LOS TRABAJADORES RECONSTRUIRAN CHILE Y LA DEMOCRACIA"

Es fácil conversar con Héctor Hugo Cuevas, presidente de la Federación de la Construcción de Chile. Cualquier pregunta tiene como respuesta un torrente de opiniones, de anécdotas, de recuerdos. Habla "en chileno" con un uso gracioso de las llamadas "malas palabras" que a menudo son más gráficas y castizas que los adjetivos rebuscados. Es franco y espontáneo hasta la exageración. También es movedizo, inquieto, nervioso. Su permanencia en un hospital o un sanatorio para curar sus actuales males físicos equivale a la jaula del león. Querría volver a la selva cuanto antes y luchar y rugir como lo ha hecho siempre.

A su haber tiene una vida de lucha obrera junto a sus aguerridos compañeros de la construcción. Y durante una década esa lucha se ha desarrollado bajo una de las más criminales dictaduras del mundo, bajo el régimen más reaccionario y brutal que hayan sufrido los chilenos a lo largo de su historia. A muchos nos parecía increíble que Héctor Hugo Cuevas y su gremio dijieran sin eufemismos la verdad de los trabajadores cuando el crimen, las desapariciones, los campos de concentración eran -y son- la moneda diaria de Pinochet. A los pocos

días del golpe Cuevas y su gremio estaban en la palestra de la defensa de sus derechos sin temor ante nada. En dos ocasiones el valeroso dirigente fue enviado a prisiones y campos de concentración. Salió de allí para asumir al día siguiente sus responsabilidades sindicales.

En diciembre de 1982 fue finalmente expulsado del país junto con el dirigente de la Coordinadora Manuel Bustos. Bustos pudo finalmente regresar pero no así Héctor Hugo Cuevas. Ha vivido en estos años en Argentina, en Brasil, en Italia. Le aqueja en la actualidad una enfermedad grave pero, incluso, se ha sobrepuesto a sus males físicos con su porfiada voluntad y su amor a la vida.

Casado con la dirigente sindical Claudina García, padre de cuatro hijos, Cuevas ha agregado a sus experiencias el conocimiento de sus compatriotas en el exilio. Volverá a su responsabilidad sindical apenas eso sea posible. Conversamos con él en Berlín, en una magnífica casa de huéspedes de los sindicatos de la RDA rodeada de bosques y lagos. Está profundamente reconocido de la solidaridad hacia él de los trabajadores alemanes. Apenas iniciado el diálogo se traslada a Chile, al pasado y al presente. La conversación con él -una síntesis- es lo que viene a continuación.



Héctor Hugo Cuevas, Presidente de la Construcción

Es importante establecer su ficha de identidad. Siempre se le piden esos datos a los artistas o los políticos famosos. Su identidad es la de un obrero chileno y nos interesa porque al fin de cuenta ellos son los más verdaderos e importantes protagonistas de cualquier historia.

Héctor Cuevas.- Nací hace 47 años -exactamente el 24 de mayo de 1937- en la provincia de Aconcagua. Mis primeros años transcurrieron en la ciudad de Quillota. Soy hijo de campesinos pobres. Casi no fui a la escuela. Apenas aprendí a leer y escribir en mis dos años escolares. Eramos ocho hermanos y a nuestro padre le era imposible alimentarnos a todos con su duro trabajo. A los 12 años empecé a trabajar como repartidor de un almacén del pueblo. Tenía que ir a dejar paquetes a los microbuses en los que venían los clientes del campo a comprar al pueblo. Después ingresé como operario a una fábrica de conservas. Me di cuenta de que me pagaban mucho menos que a otros por el mismo trabajo. Hice lo que me pareció más lógico: reclamé ante el jefe de mi sección. La respuesta fue mi expulsión del trabajo. Eso no lo pude entender entonces. Después fui obrero textil de "Rayon Said" la fábrica más grande de Quillota. Allí había un sindicato peleador y bien organizado con más de mil socios. Un día fue a vernos el dirigente obrero Juan Vargas Puebla. Hablaba con elocuencia y vehemencia. Le escuché con mucha atención y me dije "puchas, este gallo dice las mismas cosas que me pasan a mí". De ahí para adelante decidí participar de alguna manera en las organizaciones de los obreros. Ingresé a las juventudes comunistas en Quillota. No éramos muchos y más bien nos dedicábamos a cantar y a bailar. Pero aprendí algo de marxismo y fue una buena experiencia.

TOCOPILLA Y CLAUDINA GARCIA

¿Y desde cuándo empezó usted a ser obrero de la construcción?

Héctor Cuevas.- Me despidieron de "Rayon Said" por mis actividades sindicales. Mi nuevo trabajo fue en una empresa

constructora de la Caja de Ahorros de Quillota. Fueron mis inicios en un gremio que no he abandonado hasta ahora. Al comienzo interrumpí el trabajo porque me llamaron al servicio militar. Fui conscripto en el Regimiento de Ingenieros de Quillota durante un año. Regresé después a la construcción pero como un obrero itinerante. Me fui al norte, a La Serena, Antofagasta, a la oficina salitrera Pedro de Valdivia. En Tocopilla empecé a ser dirigente del gremio en 1958 y desde entonces nunca he dejado de serlo. Me eligieron también como encargado juvenil de la CUT. Además en Tocopilla me enamoré y me casé con Claudina García.

Hablemos un poco de Claudina que ahora es una destacada dirigente sindical...

Héctor Cuevas.- Es hija de un obrero de Tocopilla que murió muy joven de silicosis después de trabajar durante muchos años en la mina "La Despreciada". Cuando la conocí era dirigente de las juventudes comunistas y le dedicaba la mayor parte de su tiempo a la lucha. Pero no era ninguna beata. A mí me pareció atractiva y simpática. No diré que me gustó a primera vista porque parece que eso de "los flechazos" es una cuestión que sólo pasa en las novelas. Pero a medida que la conocí la fui tomando en serio y llegué a la conclusión de que era la compañera ideal. Felizmente ella pensó lo mismo de mí. Nos casamos sin mayor aparato. Y todavía estamos juntos sin más peleas que las naturales y sin importancia. Nuestro primer hijo nació en Tocopilla y nos habríamos quedado allí para siempre si no se hubiese desencadenado una gran cesantía después de la instalación del brazo mecánico en el puerto que sustituyó el trabajo de los lan cheros que embarcaban el salitre.

¿Y dónde continuó la vida de ustedes después?

Héctor Cuevas.- Nos fuimos a Antofagasta. Antes de cumplir seis meses allí reaparecí como dirigente del sindicato de la construcción. Durante 10 años fui presidente del gremio. En 1962 me eligieron dirigente de la Federación Nacional de la Construcción al mismo tiempo que secretario general de la CUT

en Antofagasta. Las responsabilidades continuaron creciendo y nos obligaron en 1969 a trasladarnos a Santiago. Dejamos con cierta pena la apacible ciudad de Antofagasta donde la lucha obrera ha sido siempre tan importante.



Cuevas: "No estoy agónico. Volveré a luchar"

MAESTRO ESTUCADOR

¿Pero usted ya no era un obrero de la producción sino un funcionario sindical?...

Héctor Cuevas.- Siempre me negué a ser un burócrata sindical y seguí en las faenas de la construcción en mi especialidad de estucador. Creo que no soy un mal estucador. El oficio es agotador pero me gusta. Además pienso que sólo se pueden entender los problemas de los trabajadores cuando se viven en carne propia. Uno no se equivoca cuando también sufre la explotación, la cesantía, la lucha feroz por la vida en un país capitalista dependiente como el nuestro.

¿Cómo es el gremio de la construcción en Chile?. En el pasado muchos de sus dirigentes fueron anarquistas ¿Todavía es así? ¿Cuál es su composición actual?

Héctor Cuevas.- Es cierto que las ideas anarquistas tuvieron alguna influencia en el gremio de la construcción. Pero es un asunto del pasado que ya no tiene vigencia, aunque todavía algunos viejos muy respetables son de esa ideología. En la construcción en Chile hay tres tipos de trabajadores. Existen primero los jóvenes menores de 18 años que tuvieron que abandonar la escuela porque era imperioso que se ganaran la vida. Ellos son empleados en tareas menores pero muy duras y superiores a sus jóvenes fuerzas. Siempre están pensando salir de allí para irse a un trabajo más estable. Después están los obreros mayores de 45 años a los que no les dan ningún puesto de trabajo en las fábricas. Finalmente estamos los "profesionales" de la construcción, los que hemos hecho nuestro mundo alrededor de andamios. Nosotros somos "los maestros", los carpinteros, estucadores, pintores, albañiles, instaladores eléctricos etc. El gremio es muy aguerrido por razones fáciles de explicar: los obreros más conscientes en la defensa de su clase son a menudo expulsados de las industrias en las que trabajan. No encuentran otro trabajo y se van a la construcción. Son obreros de ideas muy claras y en el terreno mismo ayudan a la formación de los jóvenes. Ninguna represión ha podido destruir el espíritu del gremio. La dictadura quiso formar un organismo paralelo y con la ayuda de los empresarios tal aparato ofrecía ventajas tentadoras para los miles de cesantes. Nosotros nos encargamos de echarlo abajo. Ibamos a los sindicatos engañados y les explicábamos a los obreros que le estaban haciendo el juego al fascismo. De inmediato había una toma de conciencia con la deserción consiguiente. El gremio ha sido impenetrable para el régimen de Pinochet. Se ha estrellado contra el muro más firme que hayan construido los obreros de la construcción.

DESPUES DEL GOLPE

Sabemos que el gremio de la construcción fue uno de los bastiones obreros del gobierno de la Unidad Popular. No hablemos ahora de ese período sino de lo que vino después. ¿Cómo enfrentaron la represión, como levantaron de nuevo la organización?

Héctor Cuevas.- Remontémonos a los comienzos. Realizamos nuestro congreso a comienzos de septiembre de 1973. Allí fuí elegido secretario general de la Federación de la Construcción. No habíamos siquiera alcanzado a constituir la directiva cuando se produjo el golpe. Decidí que nuestro local ubicado en la calle Vergara 74 no se cerrara, que continuara funcionando normalmente. Quien quisiera "apechugar" se quedaba allí. Al comienzo nadie iba. La policía hacía redadas en los locales sindicales, asesinaba allí mismo a algunos obreros, los más eran detenidos y encerrados en el Estadio Nacional, otros desaparecieron hasta hoy. Un grupo se mantuvo allí pese a todo, sin miedo a las brutales visitas de la policía. Creo que fuimos el primer gremio que tuvo una entrevista con el subsecretario del Trabajo de la dictadura el 29 de septiembre de 1973. Fuimos a conversar sobre nuestros derechos con toda dignidad. La televisión registró todo y los transmitió al país entero. Un periodista de izquierda nos preguntó qué diablos hacíamos allí. Le contestamos: "se vence el tarifado de la construcción el 30 de septiembre y hemos venido a exigir otro". Con esto queríamos demostrar que los derechos de los trabajadores no iban a ser respetados. Naturalmente sabíamos que no íbamos a obtener tarifado ni nada pero en ese momento era necesario demostrar que estábamos frente a una dictadura anti obrera, considerando que no pocos asalariados habían caído en la trampa de la desestabilización del gobierno popular y creían todavía que los militares golpistas eran patriotas y estaban por encima de los intereses de las clases. Cuando nuestras bases supieron que estábamos funcionando y que nos atrevíamos a todo llegaron al abandonado local de la Federación. Así empezamos a adquirir presencia y a organizar el combate contra la liquidación de todos nuestros derechos que se concretaron luego con el descarado Plan Laboral designado sólo a favorecer a los patrones y a consagrar la explotación de los obreros.

SIN MIEDO NI MEDIAS TINTAS

¿Cuánto tiempo demoraron en salir a la calle y realizar

actos públicos? ¿Con qué acciones empezaron a enfrentar a la dictadura?

Héctor Cuevas.- En noviembre de 1974 realizamos en el Auditorium Don Bosco un acto de celebración del aniversario de la Federación de la Construcción y dijimos cuanto era necesario sin miedo ni medias tintas. Luego en 1975 los trabajadores de la construcción realizamos la primera asamblea pública sindical en el Teatro Caupolicán. Nadie se había atrevido a tanto hasta entonces. Las aposentaduras del teatro se repletaron no sólo de obreros de la construcción. Para cubrirnos las espaldas de la represión inevitable invitamos a unos quince encargados laborales de las embajadas de los países más poderosos. Todos concurren, la Radio Chilena del Arzobispado transmitió mi discurso íntegro. Llamamos a poner en marcha nuestras propias fuerzas, a derrotar el inmovilismo, a retomar la unidad como único camino para defendernos de nuestros poderosos enemigos. Después dimos una conferencia de prensa en el círculo español. Dije las cosas en mi lenguaje. Denuncié los asesinatos de trabajadores y cómo varios de ellos fueron fusilados en el carbón, en Tocopilla, en Antofagasta. Hablé de los despidos en masa, de los campos de concentración, de los desaparecidos, de la represión criminal de la DINA. A consecuencia de eso me detuvieron en junio de 1975 y estuve preso hasta fines de ese año en "Tres Alamos" y "Puchuncaví". A los compañeros que iban a verme les decía "cuando salga de aquí me hare cargo de nuevo de la presidencia de la Federación". Casi nadie me creía. Salí de Puchuncaví el 24 de diciembre de 1975 y ya el 3 de enero de 1976 hicimos una conferencia de prensa y reasumí mi cargo.

LOS VALIENTES SON MUCHOS

A esas alturas ¿cuál era el cuadro del movimiento sindical? ¿Se habían reconstruido las principales organizaciones?

Héctor Cuevas.- A comienzos de 1976 la polarización sindical ya se había producido. Los demócratacristianos con sectores de la socialdemocracia habían conformado el llamado "Grupo de los Diez". Federico Mujica mantenía su Confederación de Em-

pleados Particulares. Por su parte Carlos Frez sostenía el FUT (Frente Unitario de Trabajadores) como una entidad aparte. Existía un germen de coordinación que se llamaba Centros de Estudios Laborales que serviría luego para echar andar la Coordinadora Nacional Sindical. Nuestra tarea era bregar por la unidad en una selva de corrientes ideológicas. Nos dimos cuenta, obviamente, que no podíamos caminar solos. Se ha dicho que siempre fuimos valientes. Eso es cierto. Pero no se trata sólo de una valentía individual. Los valientes han sido muchos. Nunca perdimos la confianza en nuestra clase y en el futuro. Y la verdad es que entonces había que tener agallas porque era la vida de cada cual la que estaba en juego. Estábamos a merced de la dictadura y de sus criminales agentes con licencia para matar. No había tribunales ni nada a los que acudir. Está sólo la Iglesia para consolar a las viudas y cuidar a los huérfanos. Todos los dirigentes sindicales, de todas las tendencias- merecen el mayor homenaje. Se empeñaron en que no se produjera el verticalismo y el paralelismo que el fascismo quería.



¿Y no tenían miedo?

Héctor Cuevas.- Por supuesto que teníamos miedo. Cualquier automóvil que se detuviera en la noche en las puertas de nuestras casas nos estremecía. Podía ser la DINA y la posibilidad de las torturas y hasta la muerte en sus cuarteles. No existen hombres de acero y los héroes son en nuestro pueblo seres humanos como cualquiera. Apretábamos los dientes frente a los peligros y simulábamos serenidad para no alarmar a nuestros compañeros. Siempre nos alentó la seguridad de que no estábamos solos y que contábamos con una inmensa solidaridad internacional. Las tres centrales sindicales internacionales, irreconciliables entre ellas, se pusieron de acuerdo para sostener moral y materialmente nuestra lucha. Lo siguen haciendo hasta hoy como asimismo las iglesias, los organismos de derechos humanos, los centenares de comités de solidaridad con Chile que existen en el mundo. La única retribución posible a tanta y tan sostenida generosidad es derrotar a la dictadura. Nosotros y ellos estamos empeñados en eso.

¿POR QUE NO CAE LA DICTADURA?

¿Qué impide a su juicio derrotar a la dictadura?. La verdad es que a muchos ciudadanos que trabajan en el mundo por la solidaridad con Chile les resulta desconcertante que Pinochet se mantenga a pesar que tiene a la mayoría de los chilenos en contra y al mundo entero.

Héctor Cuevas.- Pinochet se sostiene todavía en el poder por una razón que todos conocemos de sobra: la dispersión de la oposición. A pesar de que Chile es un país con un gran desarrollo político no ha sido posible hasta este momento superar la división. Si uno lee los programas y las declaraciones de principios de la centrista Alianza Democrática y del izquierdista Movimiento Democrático Popular supone que los dos bloques están de acuerdo en casi todo. Ambos propician un gobierno de transición, la abolición de la Constitución de Pinochet, una Asamblea Constituyente etc. Pero no se ponen de acuerdo en acciones

comunes simples, que unan a todos. Ese papel lo están jugando los trabajadores y su expresión unitaria que es el Comando Nacional de Trabajadores. Ellos han sido los organizadores de las grandes jornadas de protesta y del paro de octubre. Pienso que precisamente el paro fue un llamado de atención para los políticos divisionistas. Los dirigentes sindicales demócratas cristianos Seguel y Bustos le dieron una gran lección a su propio partido. Se pusieron a la cabeza de los trabajadores y de las fuerzas de izquierda que convocaron al paro. Y demostraron que los trabajadores, las grandes masas, pueden sobrepasar a los partidos políticos cuando éstos no están a la altura de su responsabilidad. Eso ya lo dijo Dimitrov en su tiempo. Y es verdad.

Pero en el propio movimiento sindical no hay unidad con respecto a una estrategia frente a la dictadura. Hubo sectores que incluso sabotearon el último paro y es lamentable que se haya creado recientemente una llamada central ideológica cuyos dirigentes no son unitarios sino excluyentes...

Héctor Cuevas.- Eso es cierto. Pero hay que hacer algunas consideraciones que también corresponden a la estricta verdad. Los divisionistas representan a muy poca gente a pesar de sus pomposos títulos. Un ejemplo: el dirigente marítimo, Eduardo Ríos, no representa a más de un centenar de asalariados de su gremio. La dictadura ha favorecido ciertas organizaciones superestructurales que en realidad no tienen bases. Frente a ellos existen los trabajadores de la construcción, mineros, metalúrgicos, textiles, etc. que sí son la clase obrera tal como es. Todos ellos están en el Comando en cuyo seno tienen representación además todas las tendencias políticas de la oposición sin excepción alguna. Nadie le hizo caso a los que pretendieron sabotear el último paro. Su éxito es la mejor respuesta acerca de la voluntad unitaria mayoritaria entre los trabajadores.

LA EXPULSION Y EL EXILIO

Hablemos de su expulsión del país por la dictadura. Aunque los hechos son conocidos es interesante su propia versión.

Héctor Cuevas.- La dictadura me expulsó en diciembre de 1982 usando como pretexto la convocatoria a un acto en la Plaza de Artesanos de Santiago. Yo había hecho demasiado y reiterados méritos antes. Sin ir más lejos: en noviembre de 1982 nosotros, los trabajadores de la construcción hicimos el primer paro de larga duración en Colbun Machicura. Con eso conquistamos el derecho a negociar colectivamente. Por instrucciones de la Federación yo estuve al frente de ese movimiento. A eso se sumaron varios "caupolicanzos" sindicales. Por uno de ellos ya había sido relegado al norte, a Chapiquiña, en 1977. El decreto de expulsión también incluyó a Manuel Bustos y algunos días después al agricultor triguero Carlos Podlech, hombre de derecha que había apoyado en sus comienzos a la dictadura. Me detuvieron a 25 metros de mi domicilio. Me llevaron al cuartel de Investigaciones y me embarcaron en un avión. Me defendí como gato de espaldas. Tuvieron que reducirme a la fuerza los más robustos matones profesionales. El pasaje era a Río de Janeiro donde fuimos muy bien recibidos por las organizaciones sindicales y los partidos políticos democráticos. Estando allí nos enteramos con Bustos de la expulsión de Podlech cuyo hermano es un fiscal militar todavía en ejercicio. Podlech se unió a nosotros y pudimos apreciar su crisis frente a los valores en que había creído y su toma de conciencia de que era víctima de una dictadura que atropellaba todos los derechos humanos.

Usted ha conocido ahora el exilio en diversos países ¿qué impresión tiene de los chilenos del exilio? ¿Ellos viven en función de su país o a su juicio están perdiendo sus raíces, su interés por la patria?

Héctor Cuevas.- Debo decirle en primer lugar que me he negado a ser refugiado político. Por lo tanto no tengo un país determinado de residencia. Naturalmente he conocido a los chilenos expulsados de su país como yo u obligados a emigrar en contra de su voluntad. Sin duda ellos viven añorando la patria y son los animadores e incitadores de la solidaridad internacional para con nuestro pueblo. La mayoría de los que yo he tratado

ansían retornar y más aún los que están en la lista negra de la dictadura. Algunos viven fuera de su país hace ya once años y no es el mismo caso de los que salimos hace 24 meses. Regresar a su país para esos compañeros significa abandonar trabajos seguros, viviendas confortables, desentenderse de la educación de sus hijos que han crecido fuera y que en algunos casos se han casado y se han reproducido con ciudadanos o ciudadanas de sus países de residencia. El problema es más complejo en esos casos y creo que los dirigentes políticos lo entienden bien. Pero aún así he visto en ellos una voluntad de retorno. Los necesitamos en Chile y puedo asegurar que todos serán bien recibidos, sin reticencias ni reproche alguno. Todos somos importantes para derrotar a la dictadura que está claro que no se irá voluntariamente o por la sola acción de un grupo de valientes. Pihochet caerá cuando haya un combate unitario de masas de millares y millares, mejor dicho de millones de chilenos. Reitero que yo personalmente no me considero un refugiado o un exiliado sino un expulsado que en cualquier momento puede regresar. Tengo a mi mujer, a mis hijos en Chile. Tomaría mi maleta y me iría inmediatamente.



En Chile hay un gran movimiento de los trabajadores por su retorno. Pero observo que ellos ponen mucho el acento en su estado de salud. ¿Qué puede decir usted mismo al respecto?

Héctor Cuevas.- Es cierto que mi enfermedad es grave y que he estado mal. No niego que padezco de cáncer. A primera vista eso es sinónimo de muerte próxima. Yo no lo veo así. La ciencia médica puede a ciertas alturas controlar la enfermedad. Creo que ese es mi caso. Estoy en la actualidad en la República Democrática Alemana donde me han cuidado de manera emocionante y los médicos me han permitido prácticamente retornar a una vida casi normal. Me siento con el optimismo de siempre. Agradezco mucho la solidaridad de los sectores más diversos del movimiento sindical chileno que exigen mi regreso. Pero les informo que no regresaré para caer a un ataúd sino para reintegrarme, como siempre, a la lucha. Agradecería que se hiciera valer más que mi estado de salud, mi derecho de chileno a vivir en mi país, derecho que es igual para todos los que hemos nacido allí.

Usted sigue siendo presidente de la Federación de la Construcción. Tengo entendido que ha sido reelegido en ausencia...

Héctor Cuevas.- Mis compañeros me reeligieron unánimemente como su dirigente. Lo interesante es que los inspectores del trabajo que controlaron la votación se vieron obligados a reconocer que mi elección era indiscutible y unánime. Fue un caso raro para ellos que no les quedó otro remedio que aceptar ya que fueron observadas estrictamente todas las formalidades legales. Al día siguiente de mi regreso reasumiría mi cargo con nuevos bríos para continuar la batalla y contribuir después a la reconstrucción del país.

En definitiva, ¿cuál le parece a usted el mejor camino para terminar con la dictadura : las grandes acciones de masas o las acciones directas? ¿O las dos?

Héctor Cuevas.- Cualquier acción requiere de un gran

movimiento de masas. Esa es la primera condición para que sean válidos todos los medios de lucha. Todos querríamos el menor costo posible para nuestro pueblo. Pero si se cierran todos los caminos no podemos esperar morir de hambre o que nos pongan más de rodillas. El régimen de Pinochet es el que aplica como política la violencia y el terror más desenfrenado. La respuesta no puede ser la de los mansos corderos camino al matadero. Sin ir muy lejos el Estado de Sitio decretado por la dictadura con la consiguiente censura a la prensa, clausura de las revistas de oposición, prohibición de reuniones públicas y de todas las libertades, que han sido ganadas a sangre y fuego por los chilenos, es la máxima violencia que se pueda ejercer sobre nuestro pueblo.

Por último ¿cómo usted ve a Chile en el inmediato futuro?

Héctor Cuevas.- Tengo plena confianza en el fin próximo de la dictadura. Obviamente nos preocupa que los chilenos seamos capaces de entendernos y caminar juntos para reconstruir el país y la democracia y también la participación de los trabajadores en el nuevo gobierno. Aunque el nuevo régimen democrático sea de transición deberá preocuparse de que las riquezas básicas del país retornen a manos del Estado. Nos interesa que las industrias fundamentales del país estén en manos de los chilenos. También es de la mayor importancia un auténtico pluralismo sin la exclusión de nadie que no sean los fascistas y los criminales. Pienso que hay posibilidades de llegar a un entendimiento, a un gran bloque democrático que recoja el trabajo, las ideas, los esfuerzos de todos por rescatar al país de los abismos a los que ha sido arrojado y colocarlo en el camino del progreso, la libertad y una vida mejor para todos.

L.A.M.